

X.

Anoche vino uno de ellos, que yo no conocia, de Valladolid con encargo del infante don Juan para el capitán difunto de cortar el camino al infante de Aragon don Pedro, y matarle.

Ya habeis visto lo que he hecho.

—Sabe Dios si habeis hecho bien ó mal; pero en lo que indudablemente no haceis bien, es en no atraer al infante don Juan, y hacer en él justicia, con lo que ganaria mucho el mundo, y principalmente la reina doña María y los reinos que están bajo su gobierno.

—Paréceme que sin que yo le llame, no ha de tardar mucho el día en que nos veamos frente á frente el infante don Juan y yo; en que yo cobre la injuria que me hizo penetrando en mi palacio de Granada; la violencia que ejerció contra mí obligándome á seguirle, por evitar una desdicha mayor: yo entonces aún no me habia desesperado, no habia probado mi corazón, no conocia la terrible fuerza que en él estaba oculta: yo adiviné que la intencion del infante era robar á mi padre; creí que todo ello seria asunto de un rescate; mi guardia habia sido degollada; en el hacha de armas de don Juan humeaba aún la sangre de mis servidores.

Siempre era tiempo de morir: pero mi padre se engañó; mi padre me creyó cómplice del crimen del infante, y cuando yo le escribí enviándole mi carta con un correo de la reina, me contestó con su maldicion, maldicion que no he merecido, y que sin embargo me aterra; porque siempre es terrible la maldicion de un padre.

Hé aquí, conde don Lope, que os he referido mi historia entera; referidme ahora si quereis la vuestra. Creo que Dios ha hecho que nos encontremos para algun alto designio.

—Yo lo creo tambien, contestó don Lope. Ahora oid,

CAPITULO XII.

HISTORIA DE UN TRAIADOR.

I.

El conde inclinó la cabeza sobre el pecho, y despues de algunos momentos de silencio la alzó y dijo:

—Soy hijo del décimotercero señor de Vizcaya don Alfonso Lopez de Haro y de doña Costanza de Bearne, hermana del conde de Bearne don Gaston.

Mi familia ha sido desde tiempo inmemorial poderosa é influyente, y lo es aún en los reinos de Castilla.

Sobre nosotros pesa una maldicion.

Nos vino por nuestra abuela doña María de Manrique, esposa del décimo señor de Vizcaya don Diego Lopez.

Esta señora, olvidada de Dios y de sí misma, se huyó con un hombre bajo, amancillando la prez y limpia fama de su familia.

Y bien creo que, á pesar de sus culpas, debe haberla perdonado Dios, porque arrepentida, hizo una áspera vida penitente,

y al morir mandó se la enterrase en el monasterio de Huerta, no en el panteon honroso de la familia, sino á la puerta del templo, para que todos los que á él acudiesen hollasen su cadáver por siempre jamás.

II.

Su crimen tuvo funestas consecuencias. Maldijola don Diego y maldijo á los hijos que de ella habia tenido, no pudiendo creerlos legítimos siendo nacidos de tal mujer.

Llevábase mal don Diego con su hijo don Lope, y este, por su parte, andaba enojado con su padre en tal manera, que cuando aconteció la memorable batalla de las Navas de Tolosa, en el momento de romper don Diego con su mesnada sobre el centro de los alárabes, su hijo don Lope, que con él asistia á la batalla, le dijo:

—Cuidad, señor, en este gran trance en que nos vemos, que no me llamen hijo de traidor.

Aludia con estas palabras don Lope al rumor que habia corrido de que la batalla de Alarcos se perdió por traicion de don Diego.

Este respondió indignado:

—Hijo de mala mujer bien pueden llamarte, pero no te llamarán hijo de traidor.

En efecto, la batalla de las Navas de Tolosa se ganó por el inaudito arrojó y la formidable pujanza conque don Diego Lopez de Haro rompió el centro de los moros, metiendo en sus taifas la confusion y el desórden.

III.

Gloria á raudales cae sobre los Lopez de Haro; pero al par cae sobre ellos un raudal de traicion y de infamia.

Los reyes han sufrido siempre su predominio; por mejor decir, han estado siempre en guerra abierta con ellos, sosteniendo una lucha en que los han ayudado los Laras, los Castros, los Alburquerque, tan poderosos y tan traidores como ellos.

IV.

No os asombreis de lo que oís decir de sí mismo á uno de estos poderosos señores; al que tal vez mas que ninguno ha dominado á un rey; al que durante algunos años ha sido un verdadero rey.

He pasado por la tumba, y puede decirse que hablo desde la eternidad.

Durante mi vida he conocido dos reyes: don Alfonso X y don Sancho IV: he sido mayordomo mayor y alférez real de este último: he acrecido mis estados con usurpaciones; he dispuesto de la paz y de la guerra haciendo pesar mi espada en la balanza, ya de la una parte, ya de la otra; he escuchado la voz de mi soberbia, y me he creído invencible: no he mirado ni á la razon ni á la justicia; no he tenido ni conciencia ni agradecimiento: yo he dicho como Satanás: «¿Quién como yo?» y como Satanás, he caído arrojado de la altura al abismo por la mano de Dios.

V.

Y todo provenia de la rebeldía del rey don Sancho contra su padre: ¿con qué razon, con qué justicia, con qué derecho, con qué fuerza podia castigar y reprimir á los traidores, á los regicidas, á los ambiciosos, á los tiranos, él tirano, regicida, ambicioso y traidor, contra su padre?

¿Qué, nosotros los poderosos señores, los traidores de hoy,

los miserables de hoy, no fuimos los traidores, los miserables de ayer, que le ayudamos á arrancar la corona de sobre la blanca y venerable cabeza de su anciano padre?

¿Qué hubiera hecho sin nosotros el rey don Sancho? ¿qué hubiera sido de él si nosotros, obedeciendo á nuestro honor al pleito homenaje que debíamos al rey don Alfonso, le hubiéramos rodeado desnudas las espadas para defenderle?

Todo se hubiera trastocado: don Sancho, si no muerto, hubiera sido encarcelado, desheredado: el rey don Alfonso hubiera muerto imperando en sus reinos, y la corona hubiera pasado á los infantes de la Cerda por el derecho de su padre don Fernando, hermano mayor de don Sancho.

¿Y qué era este mas que un usurpador? Desheredóle su padre y le maldijo solemnemente en Sevilla, y en la hora de su agonía volvió á maldecirle y desheredarle: podrá decirse que el reino en córtés le aclamó su rey: pero ¿quiénes eran las córtés? Nosotros los grandes señores; nosotros los poderosos; nosotros, que revolvíamos el reino á nuestro antojo; nosotros, que lo dominábamos todo; nosotros, que aterrábamos á los personeros cobardes y comprábamos á los que algo podían; nosotros, que habíamos estendido una red de corrupcion, de donativos, de mercedes, de señoríos, de preeminencias, de la cual no escapaba nadie: nosotros éramos las córtés; córtés que podrán creerlas legítimas los hombres; pero que no puede creerlas legítimas Dios; córtés amañadas, córtés infames en que todos los próceres, todos los personeros no miraban mas que su interés, importándoles muy poco la patria y la justicia.

¡Ah! no, no, el rey don Sancho no tenia derecho á la lealtad de sus cómplices; el rey don Sancho era usurpador como ellos: sin ellos no hubiera sido rey; por lo mismo, teníamos derecho á partir con él lo que todos juntos habíamos robado al rey don Alfonso el Sabio; y por eso no fué una justicia, sino una traicion la que el rey don Sancho ejerció contra mí y contra mis parientes en Alfaro; y por eso no es por lo que yo hice contra don Sancho IV mi penitencia y mi remordimiento, sino por mis malas traiciones contra el desventurado rey don Alfonso el Sabio.

VI.

Calló el conde don Lope, y permaneció profundamente abstraído durante algun tiempo, con la mirada fija en el espacio, como si hubiera pretendido llegar á la eternidad á través de la inmensidad.

El sol reflejaba de una manera siniestra en sus torvos ojos negros, y su larga barba blanca dejaba notar un temblor persistente.

Zayda Fatima le contemplaba conmovida, pálida, grave.

—¿Conque es decir, exclamó la jóven, que el rey don Fernando el IV es rey por usurpacion!

—Dios conoce la legitimidad de los reyes, dijo el conde volviendo de su abstraccion: el hombre no puede penetrar los inescrutables designios de la Providencia: atendiendo al derecho, la cuestion es árdua; atendiendo á la voluntad de Dios, hay que creer en que el martirio de un ángel puede ser la redencion de los pecados de una familia.

—¿Ese ángel es la reina! exclamó vivamente Zayda Fatima.

—Sí, ese ángel, esa mártir, esa noble esposa, esa buena madre, es la sobrina del preclaro y Santo rey don Fernando, doña María Alfonso de Molina: y luego añadió con acento profundo el conde don Lope: en estos reinos de Castilla, los reinos están sobre el rey; la corona es electiva; de otra manera, ¿á qué el juramento de fidelidad, el pleito homenaje otorgado por los reinos al rey y al príncipe heredero? No se pide juramento sobre aquello que es obligatorio, sino sobre lo que es ó no otorgable: la reina doña María, con su gran corazon, con su gran prudencia, es la que, conquistándose el amor de los castellanos, conquista á la par la corona de su hijo: Dios la proteja y la sostenga; Dios haga que la maldicion del padre no alcance al hijo, y que el rey don Fernando el IV no acabe en edad temprana y de mala muerte como su padre.

VII.

Guardó de nuevo silencio el conde, y luego, sus ojos se abstraieron contemplando la inmensidad.

—Parece que se han avenido los grandes señores, dijo Zayda Fatima.

—Junta de rabadanés, muerte de oveja, contestó el conde; y si no, recordad lo que vos misma habeis tocado esta noche: un infante de Aragon protegido por un infante de Castilla, tutor del rey, avanza hácia Valladolid con el propósito de obligar á la reina doña María á que le tome por marido: otro infante de Castilla, tío del rey, traidor y rebelde siempre, y que se cree con mejor derecho que el hijo de su hermano don Fernando, y que el de su hermano don Sancho á la corona, prepara á ese infante de Aragon una emboscada para que le maten á las puertas de Valladolid.

Los dos tiros, el del infante don Juan, han sido asestados á la reina, á la que se pretende poner ya de una manera, ya de otra, fuera de combate.

—Eso quiere decir claramente que todos tienen miedo á la reina.

—¿Y quién lo duda? Pero la reina necesita de todo el amparo de Dios: los grandes rebeldes se han encontrado en lucha con su corazón, con el amor que la profesan los reinos, y han recogido las alas, se han acercado á ella, la han dejado oír el mentido acento de un traidor homenaje: ahora es el momento del peligro: se han depuesto las armas para venir á los amaños solapados, á las traiciones encubiertas: todos esperan nuevos acontecimientos: el proyectado enlace con el infante de Aragon ha cambiado el aspecto de las cosas.

—Pero ese casamiento está deshecho por el juramento del infante.

—¿Cómo se conoce vuestra poca edad en la fé que prestais á

los juramentos! ¡ni en qué juramento de ambicioso puede creer, sino aquel que está aún muy lejos de las canas! Creedme, doña María: el casamiento del infante de Aragon no se hará, porque la reina no sucumbirá á él, porque la reina preferirá morir, pe- recer con su descendencia antes que manchar su dignidad; pero la rotunda negativa de la reina, negativa que no se hará esperar, porque la noble doña María de Molina no permitirá que se empañe ni por un momento su limpia fama, encenderá de nuevo la guerra civil; el rey de Aragon volverá á abrir la campaña por don Alfonso de la Cerda; los Haros, los Laras, los Castros, los Alburquerque, todos cuantos tienen mesnada, tomarán el partido que crean puede producirles mas: el infante don Enrique no sabrá á qué atenerse, ni es fácil adivinar lo que en tal situacion hará el infante don Juan: la reina volverá á encontrarse de nuevo combatida por todos los vientos sin mas fuerza que la de su corazón, sin otro amparo que el de Dios.

—Yo moriré al lado de la reina, dijo con entusiasmo Zayda Fatima.

—¿Y qué es un grano de arena, contestó el conde don Lope, cuando se trata de levantar un soberbio alcázar?

—Haré pagar á lo menos su falta de fé al infante de Aragon, yo os lo juro.

—En lo cual, mas que otra cosa habeis sostenido un innecesario empeño vuestro. Así se empieza; vengando primero un ultraje, empeñando la vanidad en grandes empresas, cayendo despues en todo, para obtener los medios de mantener la vanidad.

—Yo no tengo en mis venas sangre de traidores.

—Es verdad, dijo el conde; la sangre de los Nazares aún no se ha corrompido; aún vive en ella el heroismo de Al-Hhamar el de Arjona; del amigo de don Fernando el Santo, que le ayudó á conquistar á Sevilla; de aquel buen rey á quien sobrenombraron los suyos el Vencedor y el Magnífico.

—¡Oh, mi ilustre abuelo! exclamó Zayda Fatima. ¿No creéis, padre mio, que este esfuerzo que he encontrado en mí en la hora de la prueba, es el esfuerzo de su sangre generosa?

—¡Oh! ¡quién lo duda! somos como de donde venimos: en vos alienta el egregio corazón de vuestros mayores; pero nos hemos olvidado de lo que pasó por lo presente y por lo porvenir: tiempo es ya de que continúe mi historia, porque el medio día se acerca. La pieza que con tal maestría habeis hecho estará ya hirviendo en la caldera, y justo es que cuando levanteis vuestro pendon de caballero libre para llevar vuestra gente adonde debéis llevarla, vuestra gente vaya mantenida, á fin de que no se malogren los botes de sus lanzas: oid:

Tanto y tanto habíamos pedido al rey don Sancho, de tal manera le habíamos acosado, que se vió ya en el caso, ó de quedarse sin nada mas que con el título de rey, ó de hacernos frente para ser rey con reino.

El rey se decidió contra mí especialmente, á una traicion.

Hábame yo apoderado de los castillos y villas de doña Margarita, viuda del infante don Pedro, á la cual habia engañado ofreciéndola repudiar á mi mujer doña Juana Alfonso para casarme con ella.

Creyólo esta, nos recibió buenamente en sus estados al infante don Juan y á mí, nos apoderamos del señorío de doña Margarita, y á mas de esto de algunos castillos del rey en la frontera de Aragon.

Disimuló don Sancho porque nada podia hacer, y nos llamó á Santa María de Sirga.

Llegué yo en el momento en que estaba en oracion en el convento de Santa María de Sirga, encontréle en el claustro, y delante de los míos me dijo á grandes voces é irritado, con qué razon el infante don Juan y yo le habíamos corrido la tierra desde Castel Rodrigo á Salamanca, y nos habíamos apoderado de villas y castillos suyos y de otros que eran de su cuñada doña Margarita, y de haber faltado á su señorío sin habernos despedido ni desnaturalizado de él, como lo pedia el fuero de los hidalgos, amenazándonos con las penas en que habíamos incurrido por contravenir á tal fuero de una manera rebelde é injuriosa á su poderío real absoluto.

Yo que entonces no cabia en la tierra, tal era el extremo á

que habia llegado mi vanidad y mi soberbia, contesté agriamente al rey, que si el infante don Juan le habia corrido la tierra, por mandado mio habia sido, y que en manos del rey estaba, satisfaciéndonos, el evitar tales cosas.

Disimuló el rey por entonces, creyendo que lo que yo le decia, y aun lo que hacia, era por amedrentarle y tenerle mas en mi poder.

Yo lo creí del mismo modo, y tanto, que cité al rey para unas vistas en Valladolid, esperando que el rey iria á aquella villa sin gentes, y que llevando yo muchas y buenas podria mejor amedrentarle y sujetarle á mi voluntad, haciendo de manera que don Sancho fuese rey solo en el nombre, mientras yo fuese el verdadero rey.

¡Cuán ciego estaba yo y cuán poco conocia al rey don Sancho!

Y es que la ambicion embriaga, y que nunca un ambicioso se cree mas seguro que cuando está próxima á sonar la hora de la justicia.

VIII.

Pero cuando yo me acercaba á Valladolid, el rey, mas prevenido que yo, salió con gran golpe de gente á recibirme á Lobrueña, y asintió á todo lo que yo propuse, tanto en los conciertos con el rey de Aragon, como en otros asuntos importantes, llegando hasta el punto de mandar llevar allí una tienda y los sellos reales para despachar conmigo todos los asuntos de consumo.

Parecia que todas las diferencias habian concluido; que el rey se habia sometido completamente á mi voluntad; y yo, satisfecho de mí mismo, me creia el vasallo mas leal de cuantos vasallos ha habido en el mundo.

IX.

Por aquel tiempo fuí enviado por el rey á Aragon á cerrar los tratos de la paz: pero hube de volverme con gran disgusto del mal despacho que recibí del rey de Aragon.

Entre tanto, el infante don Juan andaba mal parado, alejado del rey y desavenido con él.

Importábame á mí que volviese á la gracia del rey, puesto que don Juan era mi yerno, por su casamiento con mi hija doña María.

Propuse, pues, unas nuevas vistas al rey don Sancho, á las que acudió el infante don Juan, y en las cuales quedamos los tres tan avenidos, que no parecia sino que se habian acabado todas las diferencias.

Convínose en que el rey se separaria del concierto con el rey de Francia para venir á un concierto con el rey de Aragon, y el rey nos citó para la villa de Alfaro, donde en una junta con los prelados, maestros y ricos hombres, se miraria al dia siguiente lo que fuera mejor.

Al dia siguiente nos reunimos en el palacio del rey en Alfaro, con los prelados, ricos hombres y caballeros que habia llamado el rey, y que eran don Alonso de Molina, hermano de la reina, don Juan Alonso de Haró, Gonzalo Gomez de Manzanedo, el arzobispo de Toledo don Gonzalo, el obispo don Juan Alonso de Palencia, el obispo de Osma, el de Calahorra, el de Tuy, Ruy Diaz, abad de Valladolid, y el dean de Sevilla, notario mayor del rey en Castilla.

Juntos todos, en buena armonía, discurríamos cuál de los conciertos haria el rey, si el del rey de Francia ó el del de Aragon.

En esto se levantó el rey y dijo:

—Quedaos tratando lo que mejor fuere hacer, que luego volveré yo y me direis lo que hubiéseis acordado.

Salió el rey, sin que nada recelásemos, y al cabo de algun tiempo volvió, y dijo desde la puerta:

—¿Habeis ya acordado?

—Sí señor, contesté yo; entrad, y os diremos nuestro parecer.

Entonces dijo el rey:

—Muy pronto lo acordásteis, y yo vengo con otro acuerdo: y es que vosotros dos, y señaló al infante don Juan y á mí, os quedeis conmigo hasta que me deis mis castillos y villas que me habeis quitado.

A todo esto se oia fuera tumulto de gente armada, lo que me hizo llamar á grandes voces á los míos.

Pero los míos tenian que acudir á sí mismos y no podian acorrerme.

Tan fuera estaba yo de mí, tan acrecido en mi soberbia, y en tal desprecio tenia al rey por acostumbrado á someterle á mi voluntad, que ciego de cólera me fuí para él con el puñal levantado.

Arrimóse á mi defensa, armado tambien, el infante don Juan. Gonzalo Gomez de Manzanedo y Sancho Martinez tomaron la defensa del rey: pero el infante don Juan los hirió malamente, á quien respetaron por ser hijo de don Alfonso.

El tumulto crecia, el estridor de las armas, el gritar de los combatientes; corria la sangre; era el momento terrible y habia que aprovecharle; no habia eleccion: ó morir ó matar.

Me lancé sobre el rey.

Entonces entraron los caballeros y los ballesteros hidalgos de maza de la casa del rey tan á tiempo, que entre el rey y yo se pusieron, y una espada cayó con tal furia sobre mi alevosa mano, que esta con su infame puñal fué al suelo.

Y el conde sacó de debajo de su hábito el árido muñon de su brazo derecho.

—Mirad, añadió inclinando su cabeza y mostrando á Zayda Fatima su parte posterior: ¿qué veis ahí?

—Tres profundas cicatrices, dijo Zayda Fatima.

—Causáronlas otros tantos golpes de maza. Caí al suelo sin